

***Ontosemiótica* de la corporalidad. Posibilidades, problemas y perspectivas**

Gary Anton Mostajo Troche¹
Universidad Mayor de San Simón
Círculo Boliviano de Semiótica
Correo electrónico: g.mostajo@umss.edu

Resumen

El presente trabajo desarrolla la posibilidad de germinar una vía distinta, que llamaremos propiamente *Ontosemiótica*, para entender a la corporalidad como eje de la semiosis más allá de su función sintáctica, intentando establecer como la aprehensión percibida de la realidad resulta en una multiplicidad de variables de sentido para el sujeto, y como el mundo circundante es “semiotizado por un cuerpo”. De este modo, el presente trabajo pretende dar un salto hacia un horizonte genético: pasar de una semiótica del cuerpo a una semiótica de la corporalidad que preste mayor atención al carácter fenoménico del cuerpo como acontecimiento sensoriomotriz. Para este cometido, se abordarán tres aspectos. El primero será dar cuenta de las principales aportaciones que han hecho la semiótica actual respecto al problema del cuerpo, prestando especial atención al análisis de las “figuras semióticas del cuerpo” en la teoría de la tensividad de Fontanille y Zilberbeg, la “pre-existencia corporal” de Violi y la tesis de la “corposfera” de Finol insidiendo

1 Profesor universitario e investigador, graduado en Humanidades por la Universidad Antonio Ruiz de Montoya (Perú) y en Filosofía y Letras por la Universidad Católica Boliviana San Pablo. Realizó estudios de maestría en la Universidad Mayor de San Simón, donde imparte la cátedra de Análisis Literario. Fue coordinador cultural del Centro Simón I. Patiño-Santa Cruz y director del Centro de Investigaciones Sociales de la Vicepresidencia del Estado. Actualmente es coordinador del Círculo Boliviano de Semiótica y miembro de la Asociación Internacional de Semiótica, la Asociación de Estudios Bolivianos y la Asociación Boliviana de Filosofía. Su trabajo –publicado dentro y fuera del país– aborda problemas de la ética, la teoría literaria y la semiótica.

en el hecho de la necesidad de salir del enclaustramiento producido por la reducción del cuerpo a un “signo estático” (en una comprensión puntual tempo-espacial del signo). En segundo lugar se analizará la génesis de la propuesta ontosemiótica, indagando el uso del término en la metodología didáctica de Godino respecto a las matemáticas, y en la recuperación que hace Hernández Carmona dándole un sentido más propio en el análisis semiótico. Finalmente, se establecerá las características propias de una *Ontosemiótica de la Corporalidad*, intentando establecer cómo la aprehensión percibida de la realidad resulta en una multiplicidad de variables de sentido para el sujeto y cómo el sentimiento es semiotizado por un cuerpo “atingido de pasiones” (en el sentido que asume la Nueva Fenomenología de Schmitz) en el que el *cuerpo como signo* es más bien “algo que ocurre”, una representación que es, en última instancia, un acontecimiento.

Palabras clave: Semiótica, Corporalidad, Cuerpo sígnico, Semiosis, Ontosemiótica.

Possibilities, Problems and Perspectives of Onto-semiotics Approach of Embodiment

Abstract

This paper aims to develop more closely the problem of ‘body as a sign’ taking a different path in a new perspective called *Onto-Semiotics*, to analyze the embodiment as the central axis of semiosis, beyond its syntactic function. From this point of view, the understanding of reality involves a ‘semiotization through the body’. Indeed, *Onto-Semiotics* propose to allow for a static horizon to a genetic horizon, becoming a semiotics of bodies to a semiotic of embodiment focused on the phenomenological character of body as a sensorimotor event attending three particular issues. Firstly, this article reviews the main contributions of contemporary semiotic studies to the discussion about ‘body as a sign’, with particular attention to Fontanille and Zilberberg’s theory of ‘tensivity’ (Semiotic Figures of the Body), the proposal of body as a ‘semiotic entity’, by Violi and the Finol’s thesis of ‘corposphere’. Also, there is a description of why these explanations reduce body to a static understanding of sign. Secondly, it analyzes the origins of *Onto-Semiotics*, looking into the use of this term in Godino’s mathematics methodology and the pristine semiotic meaning regained by Hernández. Finally, this text will address the characteristics and possibilities of an *Onto-Semiotics* Approach of Embodiment.

Keywords: Semiotics, Embodiment, Body as a sign,
Semiosis, Ontosemiotics.

Fecha de recepción: 10 de septiembre de 2021

Fecha de aceptación: 20 de octubre de 2021

La raison, quelquefois, me semble être la faculté de notre âme de ne rien com-
prendre à notre corps!
(Paul Valéry, *L'Âme et la danse*)

Le “retour du corps” dans la théorie sémiotique [...] procure une évidente al-
ternative aux solutions logicistes: au lieu de traiter les problèmes théoriques et
méthodologiques comme des problèmes logiques, on est désormais invité à les
traiter sous l’angle phénoménal, et, pour cela, le corps de l’opérateur est requis.
(Jacques Fontanille, *Corps et sens*)

El cuerpo se ha constituido en uno de los asuntos primordiales para la semiótica en los últimos años. Decir que toda actividad humana está mediada necesariamente por el cuerpo es casi una expresión apodíctica, dadas las evidentes dimensiones discursivas y prácticas del cuerpo como parte fundamental de la experiencia del mundo. Sin embargo, las condiciones para entender al cuerpo en parámetros semióticos —es decir, como un signo— son tan complejas y diversas como los significados que ese mismo cuerpo genera en la multiplicidad de contextos en los que se localiza el quehacer del ser humano. Si el cuerpo materialmente físico del sujeto tiene una función social, es porque genera una imagen que también cumple una función social cuando esta es percibida por los demás sujetos, generando reacciones operativas diversas: acercamiento o alejamiento, aceptación o rechazo, deseo o asco, etc., que a su vez se traducen en reacciones que vuelven de la conciencia a la corporalidad física (temblores, parpadeos, sudoración, pulso acelerado, contracciones, espasmos...). El cuerpo es entendido como signo-cuerpo desde su dimensión pasional, patémica, donde el conocer se transforma inmediatamente en sentir como constitutivo óntico del sujeto y como principio para entender la relación con el otro.

Si el hombre construye un sentido sobre sí mismo, no puede hacerlo evadiendo su corporalidad. Se trata ya de un asunto identitario, donde el cuerpo —que comúnmente se entiende en su relación con la carne— se convierte en una figuración, algo que “dice de sí mismo a otro distinto de sí” creando una identidad figurativa. Su función semiótica es evidente y la idea de una cognición figurativa, tal como ha sido expuesta por la teoría psicológica heredera

del cognitivismo de Piaget, no ha llegado a explicar satisfactoriamente este carácter fenoménico².

La intención de este trabajo es presentar algunas reflexiones teóricas respecto a los variados abordajes semióticos existentes sobre la corporalidad, así como presentar las dificultades epistémicas de los mismos. En segundo lugar, este trabajo plantea la posibilidad de una ontosemiótica del cuerpo que vincule el problema ontológico de la corporalidad a su dimensión enunciativa (en las semióticas lingüísticas) o a su representación figurativa (en las semióticas no lingüísticas). Lo que trataremos de mostrar, partiendo desde una mirada fenomenológica, es que la conciencia intencional del sujeto percibe de diversas maneras su corporalidad (y, por tanto, la de los otros) más allá de los límites de su materialidad física, posibilitando la asignación de significados que le dan sentido propio al cuerpo. Esta finalidad abarca tres propósitos:

- a) Una relación de las miradas semióticas con el cuerpo, atendiendo la posibilidad de una “semiótica del cuerpo”.
- b) Una aproximación al concepto de *ontosemiótica*.
- c) Los fundamentos para una *ontosemiótica* como perspectiva metodológica para entender el cuerpo.

En esta exposición no se pretende discutir el tratamiento que ha dado cada campo de estudio en el seno de las ciencias humanas y sociales a las teorías semióticas sobre cuerpo, porque ello implicaría encarar cuestiones de carácter técnico más que metodológico³. El interés es más bien epistémico.

2 La teoría cognitivista de la corporalidad fue desarrollada principalmente por Francisco Varela, Evan Thompson y Eleanor Rosch (1991) en *The embodied mind; Cognitive Science and Human Experience*. Como paradigma (*Embodied Cognitive Science*) refiere la relación entre la mente del sujeto y su cuerpo como “encarnada” (*embodiment*): la cognición debe “interactuar con el mundo”, conectarse con él. Este punto de conexión es precisamente el cuerpo a través de sus funciones: la visión, la audición, el tacto, el olfato y el gusto. La inconsistencia del cognitivismo reside precisamente en el reduccionismo de su campo de acción, donde lo corporal parece limitarse a la ejecución de tareas o instrucciones programadas que no llegarían a constituir identitariamente a un sujeto, como si se tratase de un modelo computacional. La idea de “encarnación” ha sido rescatada también por la psicología fenomenológica, como ha dado a conocer el filósofo boliviano Martín Mercado (2020) en su reciente artículo “*Fenomenología, Embodiment y Psicología. Un diálogo actual entre filosofía y psicología*”.

3 La dificultad principal reside, precisamente, en que las consideraciones que han hecho las ciencias sociales –sobre todo la sociología y la antropología– respecto a la semiótica suelen negar en ella un proceso riguroso y eficaz, es decir, metodológico, y la subordinan a instrumentos puramente técnicos de análisis. Si la semiótica estudia “los signos en el seno de la vida social”, estos signos no pueden ser otra cosa que referentes de una realidad dinámica y compleja en la que adquieren sentido, es decir, que tienen una “caracterización signíca”. Probablemente la idea de la semiótica como técnica y no como método proviene

¿Puede el cuerpo ser considerado como un signo, por tanto, una representación de sí mismo en el discurso? Si el cuerpo se presenta al sujeto como representación discursiva, ¿cómo se aproxima o se distancia del fenómeno que genera dicha representación? ¿Qué operaciones semióticas permiten entender al cuerpo como signo? ¿Es posible entender el cuerpo semiotizado dentro de una “semiótica del cuerpo” bajo una fundamentación ontológica? La pertinencia de estas cuestiones se halla, precisamente, en las posibilidades que el cuerpo ofrece en la significación, ya sea como generador de la misma (“cuerpo que semiotiza”) o como objeto de la significación (“cuerpo semiotizado”), admitiendo un abanico de explicaciones de la experiencia corporal del mundo que no pueden restringirse.

El camino hacia una “semiótica del cuerpo”

Una revisión de las miradas semióticas al cuerpo requiere, necesariamente, un punto de partida: distinguir a qué nos referimos cuando apelamos al rótulo de *semiótica del cuerpo*. La deducción inmediata nos lleva a suponer que todo análisis que sostenga al cuerpo como signo, como “una cosa que está en lugar de otra” (el cuerpo enunciado en sus valores de expresión y contenido en lugar del cuerpo físico, en el sentido clásico de la semiología saussureana), constituye *per se* una semiótica del cuerpo. Sin embargo, este discurso tiende a llevarnos al “encerramiento en el objeto” y a la permanencia de explicaciones de la corporalidad que no sobrepasen sus propios límites conceptuales. El hecho de que el cuerpo sea considerado como objeto material del análisis semiótico no crea de inmediato las categorías semióticas que permitan enta-

del tratamiento que hizo el estructuralismo, con la idea de esa caracterización como arbitrariedad del signo en la significación y en el individuo como productor de significaciones dentro de un plano exclusivamente lingüístico. Esta idea se asentó, principalmente, en el modelo semiótico promovido por Roland Barthes en *La aventura semiológica* o en *El sistema de la moda*, donde se entendía que todo sistema de signos (por ejemplo, los relativos a los códigos del vestir o del comer) se sistematizaban finalmente en la lengua. Rápidamente se desarrolló una vertiente hacia el análisis literario, tal como lo desarrolla Julia Kristeva (1978), constituyéndose el estructuralismo en las ciencias sociales a la par del desarrollo teórico de la semiótica derivada de una lingüística estructural, rápidamente los instrumentos desarrollados por la semiótica se volcaron bien hacia la analítica del discurso –intermediada por la aparición de las ideologías–, bien hacia la hermenéutica. Es más que evidente que la semiótica proporciona al investigador instrumentos muy variados para explicar los fenómenos sociales, pero su función no es explicarlos interpretativamente como discursos terminados –que es la característica principal de la ideología–, sino dar cuenta de la producción de los significados en esos fenómenos bajo la consigna de que los mismos están siempre en constante transformación, es decir, que están sometidos a un proceso de semiosis ilimitada que se manifiesta en la enunciación. En este sentido, el límite entre la semiótica, la hermenéutica y la analítica no puede ser sino metodológico.

blar una relación definida entre el plano de la expresión y el plano del contenido. Jacques Fontanille en *Soma y sema; figuras semióticas del cuerpo* (2013), entiende que estos planos tienen dos orígenes distintos:

La propioceptividad es considerada como el término complejo de la categoría “interoceptividad/exteroceptividad”; efecto, en la expresión de la significación, el *cuerpo propio* es la única entidad común al yo y el mundo; y en la construcción de la significación, la operación de la *semiosis*, por la sumisión de la exterocepción a la interocepción gracias a la mediación del cuerpo propio, permite la puesta en relación de un plano de la expresión (de origen exteroceptivo) de un plano del contenido (de origen interoceptivo). (Fontanille, 2013: 31)

Esto quiere decir que existe una mutabilidad de los significados que depende del enunciante y su cuerpo al momento de la enunciación, en relación a la primacía que este da a lo exterior o a lo interior, desplazamiento que “está asegurado por la propiocepción” (Fontanille, 2013: 31) que, como ya se dijo, cumple una tarea de mediación con el mundo. Lo que aquí dilucida el autor es, a fin de cuentas, algo todavía más radical: proponer una *semiótica del cuerpo* implicaría afirmar taxativamente que el cuerpo es la condición *sine qua non* de la significación y, por tanto, que la producción de sentido sería imposible sin esta mediación en términos estrictamente fenomenológicos⁴. No cabe duda, entonces, de que la tarea primordial de la semiótica en relación al cuerpo implica salir, tanto metodológica como epistémicamente, de los sistemas convencionales y objetualizantes de sus corrientes más estructuralistas, y caminar hacia reflexiones sobre la *estesis* –el sujeto como cuerpo sintiente desde una vertiente fenomenológica⁵–, y la *enacción* –los sistemas de valores que se producen por la significación como posibilidad más que como actualidad.

4 Ya Edmund Husserl (1997), en *Ideas II* abordó la problemática de la corporalidad como núcleo de producción de sentido, entendiendo que la primera aproximación del cuerpo a lo propiamente exterior es justamente con su corporalidad, un yo que posee un cuerpo. Sin embargo, esta inmediatez (que Husserl asume como espiritual) es problemática, puesto que si la conciencia no puede entrar de ninguna manera en contacto con la realidad, sino a través de la inmediatez corporal, y cualquier acto de la cognición está irremediamente concentrado en el yo; lo que se afirma finalmente es que el cuerpo es a la vez propio y ajeno y, pese a ello, es siempre el mismo cuerpo. Son muchas las respuestas que se han entablado respecto a los vacíos y consecuencias de la dimensión fenomenológica asumida por Husserl, siendo la más influyente la propiciada por Maurice Merleau-Ponty en su *Fenomenología de la Percepción*, intentando rebasar la dualidad generada, restituyendo la relación entre conciencia y cuerpo y afirmando que el cuerpo visible percibe el mundo, es “lo que me abre al mundo y me pone dentro de él en situación” (Merleau-Ponty 1994: 248).

5 Martín Mercado (2014) recupera el sentido que da la nueva fenomenología de Herrman Schmitz a esta sensibilidad en *Fenomenología del cuerpo: Ensayo fenomenológico sobre el propio cuerpo* y habla del cuerpo “atingido” [*Betreffende*], refiriéndose al modo en el que el sujeto se impregna de la realidad del mundo a través de su corporalidad.

El primer encuentro de la semiótica moderna con el cuerpo podríamos bien llamarlo mirada funcionalista o de la negación del cuerpo, puesto que se dio bajo el paraguas del proyecto lingüístico de Ferdinand de Saussure (2005) en el *Curso de Lingüística General*. Paradójicamente, el tratamiento era más bien accidental, puesto que se presentaba por vía negativa: el cuerpo como completamente ajeno a la experiencia del sujeto:

Muchas veces se ha comparado esta unidad de dos caras [el significado con respecto al significante] con la unidad de la persona humana, compuesta de cuerpo y alma. La comparación es poco satisfactoria. (2005: 127)

Poco satisfactoria porque para el teórico suizo es el lenguaje el que soporta la condición de la corporalidad, no la lengua, donde los significantes se unen a los significados por convención. Puesto que los signos son tales en el “seno de la vida social”, la mirada de Saussure se concentra en las estructuras de la lengua, definida como una entidad ideal y abstracta, determinada por relaciones sintagmáticas y paradigmáticas, donde unos signos se relacionan con otros. En esto recae precisamente el principio lingüístico de la autoreferencialidad de la lengua, que está por encima de cualquier sujeto y no puede ser alterada individualmente puesto que no existe la posibilidad de que un solo sujeto sea capaz de comprender todas las conexiones signícas existentes. Lo único que el sujeto puede hacer con la lengua es darle uso y enriquecerla a través de las experiencias particulares que se enmarcan en el habla.

El mismo camino se radicalizará con Louis Hjelmslev y, más adelante, con Roman Jakobson, para quienes las relaciones entre el significado y el significante no podrían darse, bajo un soporte lógico con forma y sustancia, como corpóreos. Es Hjelmslev (1971) quien llegará a decir en *Fundamentos de una teoría del lenguaje* que la lengua no es más que un sistema que se deduce, siendo absolutamente imposible pensar siquiera todas sus posibilidades de conmutación, por lo que el cuerpo no sería más que un accidente de la relación lógica entre el objeto y el sujeto en la significación, noción ampliamente aceptada incluso después de la primera mitad del siglo XX.

El segundo encuentro podría identificarse como la mirada generativa o narrativista, que aparece como una respuesta frente al “despojo del cuerpo” en el que había caído la semiótica estructuralista, y fue iniciada por Algirdas Greimas y Joseph Courtés (1982). Al menos en una primera etapa, el cuerpo fue introducido como un derivado de su teoría narratológica, como un asunto de la enunciación dentro del esquema de la acción⁶: actantes (participantes de la narración) que buscan alcanzar sus respectivos objetos de deseo dentro de un relato. También esta relación con el cuerpo era accidental, pues trataba

6 De aquí que a esta corriente se la haya querido catalogar como “semiótica de la acción”.

de incorporar el problema encasillando la corporalidad bajo un sistema de oposiciones derivado de la lógica que se conoce como “cuadrado semiótico”, un instrumento utilizado para determinar si las relaciones del sujeto con su objeto se daban por afinidad y oposición, es decir positivas (conjunción) o negativas (disyunción). Estas primeras ideas de la semiótica generativa estaban lejos de apartarse de los términos en los cuales el estructuralismo había dejado sentada la noción del cuerpo.

Es el mismo Greimas quien reconoce los límites de su planteamiento inicial, que tuvo un fuerte impacto en el análisis literario. Se percató, entre otras cosas, que el modelo actancial funcionaba a la manera de una “trampa lógica” para el cuerpo del sujeto-actante que no puede transgredir las demarcaciones formales implantadas por el texto. En los planteamientos de aquella semiótica generativa no se vislumbraba, por entonces, el sujeto operador que enunciaba más allá del relato. Muy tardíamente, a principios de los 90, aparece la *Semiótica de las Pasiones*, donde Greimas trabajó junto a Fontanille el “giro afectivo-modal” que reconoce por primera vez que el sujeto tiene una carga tímica, pasional, patémica, cuyas dimensiones rebasan la narración literaria y posibilitan una comprensión más amplia del texto, pasando de los estados de las cosas –las valencias de los objetos de deseo, con los cuales hay conjunción o disyunción y estaban ya presentes en el modelo narratológico– a los estados de ánimo –un universo del sentir u “horizonte tensivo”–, puesto que toda sensación, como el asombro o el estupor, es siempre fórica. Sin embargo, el esfuerzo de Greimas por superar su propia teoría no logra escapar de sus instrumentos metodológicos, por lo que la *Semiótica de las pasiones* termina tratando de ejemplificar todos los roles para comprender la función del cuerpo en este mundo de la afectividad, en una maraña de ejercicios sintácticos que vuelven a convertirse en dependientes del cuadrado semiótico. El mismo Fontanille, como coautor, reconoce que:

el *cuadrado semiótico* es un modo de categorización entre varios otros posibles, con lo cual se amplían notablemente la posibilidad de explicación y de interpretación de los discursos concretos [...] [Sin embargo,] el cuerpo había sido excluido de la teoría semiótica [...] Pero desde el momento en que uno se pregunta por la *operación* que reúne dos planos del lenguaje, el cuerpo se hace indispensable. (Fontanille, 2008: 15)

El tercer encuentro con la corporalidad puede definirse propiamente como la mirada corporeizante, en la que propiamente se consolidan unas semióticas del cuerpo⁷. Esta mirada se define por una apertura al análisis

7 Hablamos aquí de *semióticas del cuerpo*, en plural, para dar a entender la multiplicidad de acercamientos que se generan tanto en el plano lingüístico como en el no-lingüístico, renovando el interés por la corporalidad en relación con abordajes teóricos múltiples y

profundo de la relación sujeto-cuerpo, recuperando la dimensión fenomenológica, en el caso de las semióticas derivadas de la corriente lingüística de Saussure; la dimensión ontológica, en el caso de las semióticas derivadas del pragmatismo de Charles Sanders Peirce (1971); o ambas, como el caso de la teoría de los códigos, dentro de una semiótica general propugnada por Umberto Eco (2000). Dado que son muchos los autores que en los últimos treinta años se han ocupado de este asunto, remitiremos solamente a tres: Patricia Violi, que aborda el cuerpo desde una semántica cognoscitiva; Enrique Finol, que acude a la sociosemiótica de la cultura para postular la teoría de la “corposfera”; y, nuevamente, a Jacques Fontanille quien, en colaboración con Claude Zilberberg, reforman el abordaje greimasiano en el desarrollo de la tensividad fórica y lo vuelcan hacia un modelo de análisis donde el cuerpo tiene una función primordial como operador semiótico; este abordaje se dio a conocer como “semiótica tensiva”.

Violi (1997) escribe *Significato ed esperienza* como fruto del acercamiento a la teoría de la iconicidad de Peirce. En versión triádica de Peirce (representamen-objeto-intepretante), el objeto no es más que aquel que produce semiosis, por lo cual hay una atención especial a la percepción del objeto y al sujeto que tiene la capacidad de percibirlo (el intérprete). Para la autora no parece existir una equiparación entre la imagen mental (significante) de Saussure y esta representación peirceana: mientras la primera requiere de una mediación verbal (los fonemas), la segunda simplemente establece un puente entre el objeto y el sujeto (lo sensible y lo inteligible) que remite a una dimensión cognoscitiva de enlace en tanto tercera dimensión donde estaría situado el cuerpo. En el mismo sentido Eco propone la referencialidad (aquello que nos permite hablar) y la des-referencialización (aquello que nos permite semiotizar). Violi encuentra coincidencias importantes en ambas fuentes: la consideración que se da al estatus semiótico del cuerpo y su capacidad de semiosis es preminentemente existencial y, por tanto, ontológica en el sentido de que el sujeto se ve plenamente afectado perceptivamente en su relación con el objeto, siendo el cuerpo ese espacio pre-discursivo donde esa manifestación se condensa.

En su nivel más profundo, previa a toda convención o código, el sentido se funda en una intencionalidad pulsional constituida por emociones y sensaciones que hunden sus raíces en nuestra organización corpórea, perceptiva, psíquica y en las valencias que, inscritas ya posiblemente en las formas del mundo natural, dan color a nuestro mundo de valores, afectos, atracciones y repulsiones. (Violi, 1997: 348⁸)

extendiendo los análisis a las prácticas de la corporalidad (la danza, el canto, la ejecución instrumental, el deporte) y los estados del cuerpo (la sexualidad, el género, la enfermedad, la mutilación o la muerte).

8 La traducción es nuestra.

Siguiendo a Merlau-Ponty (1994), se entiende que la mediación corpórea que se da en la percepción entabla un puente entre el sujeto y el mundo que provee esas percepciones que no pueden quedar atrapadas en formalismos lingüísticos, como sucedía con los análisis emanados del estructuralismo, porque su dimensión cognitiva asegura una relación que es, a la par léxico-conceptual (lingüística) y corporal (extralingüística). Por tanto, a diferencia de Greimas, para Violi ninguna praxis discursiva o figurativa es posible sin una mediación sensoriomotora.

Por su parte, Enrique Finol retoma el trabajo de la Escuela de Tartu, Estonia. En *Semiosfera*, Iuri Lotman (2019) concibe a la semiótica como un fenómeno cultural que sostiene un tejido estructural complejo y bien organizado donde se desarrollan todas las funciones lingüísticas y sociales. Este sistema recibe, precisamente, el nombre de *semiosfera*, que es una construcción artificial propiamente humana y no natural; construcción donde se manifiestan las expresiones de los sujetos vinculados por una cultura. Una semiótica de la cultura se constituye, entonces, por elementos diversos artísticos, literarios, musicales, etc. Finol toma este concepto principal y formula el de la “corposfera”:

[H]emos definido a la Corposfera [...] como el conjunto de los lenguajes que se originan, actualizan y realizan gracias al cuerpo, entendido este como un complejo semiótico de numerosas posibilidades que requieren de una visión fenomenológica para su mejor comprensión. La Corposfera sería esa parte de la Semiosfera propuesta por Lotman y abarcaría todos los signos, códigos y procesos de significación en los que, de modos diversos, el cuerpo está presente, actúa, significa. (Finol, 2015: 125)

Como se puede apreciar, Finol coincide con Violi en que la semiosis no se puede iniciar fuera de la corporalidad. Por consiguiente, una semiótica del cuerpo es necesariamente una antroposemiótica, siendo la sintaxis corporal primordial a la sintaxis enunciativa. De la sintaxis corporal se deriva también una semántica corporal. Si pensamos en sentido peirceano, una “sintaxis del cuerpo” generaría también una semántica corporal (los interpretantes corporales que suceden entre el cuerpo y sus referentes) y una pragmática corporal (la relación del cuerpo con su usuario y los otros usuarios). Por ello Finol hace explícita la necesidad de hacer una “cartografía del cuerpo” en cuatro temas principales: el “Cuerpo-lenguaje” (los sistemas de signos), el “Cuerpo-objeto” (los discursos sobre el cuerpo), el “Cuerpo-espacio” (escenario de otros signos) y el “Cuerpo-referencia” (objetos modelados por el cuerpo y cuya mera existencia lo “dicen”).

Finalmente, y como se mencionó, la semiótica tensiva logra incorporar satisfactoriamente al cuerpo que, en la teoría generativa, había quedado

atrapado en la formalidad de la sintaxis narrativa. Es en *Tensión y significación* donde Fontanille y Zilberberg (2016), sin alejarse del todo de la semiótica discursiva, conciben los fenómenos discursivos en su carácter más dinámico, gradual y pasional, que constituye, propiamente, lo que los autores llaman “tensivo”. La tensividad se presenta como la tensión de la existencia del sujeto que materializa la enunciación a partir de la presencia sensible del sujeto que se halla en una red temporal y espacial conexas en las que se manifiesta lo tímico. Esta presencia soporta la *aspectualización* (el tiempo que se construye en el pensamiento) que integraría la cognición del sujeto en el proceso de significación y de aprehensión de los significados.

Para la semiótica tensiva, todo hecho semiótico requiere de dos dimensiones: la *extensidad* y la *intensidad*, que corresponden a lo inteligible y a lo sensible, respectivamente. Las valencias que se hallan en estos planos tensivos se correlacionan para la obtención de un valor, tanto en la expresión como en el contenido. Los planos de intensidad se relacionan directamente con las pasiones y van de lo átono (menor intensidad) a lo tónico (mayor intensidad), mientras que los planos de extensidad se relacionan con el tiempo y el espacio, siendo menor en la concentración y mayor en la expansión. La correlación existente puede ser inversa (a más intensidad, menor extensidad o a menos intensidad, mayor extensidad) o conversas (a mayor extensidad mayor intensidad, a menor intensidad menor extensidad). Este sistema nos lleva a enumerar distintas modalidades de la sintaxis y, por tanto, distintos niveles discursivos, tal como indican los autores:

El análisis de un *valor* requiere, por consiguiente, (i) dos *gradientes* al menos, que, en la medida en que están orientados, funcionan como “profundidades” para el sujeto de enunciación, y (ii) una variación en cada una de esas “profundidades”, que se puede identificar con una variación de *intensidad* o de *extensidad*, o mejor, para mantener el isomorfismo entre la expresión y el contenido, con una variación de tonicidad. Cada gradiente incluirá una zona fuerte, o *tónica*, y una zona débil, o *átona*. En la medida en que las *valencias* son graduales y pertenecen al orden de la *tonicidad*, su relación es, por definición, *tensiva*. (Fontanille y Zilberberg, 2016: 25)

El camino a la *ontosemiótica*

El término *ontosemiótica* nació a principios de los años noventa del siglo pasado en la Universidad de Granada, como producto del desarrollo de nuevas metodologías en la enseñanza de las matemáticas, bajo la dirección de Juan Godino (2017), publicado como *Un enfoque ontosemiótico del conocimiento y la instrucción matemática*. Inicialmente, constituyó un marco teórico que intentaba entablar un diálogo entre las múltiples visiones teóricas del proce-

so de enseñanza y aprendizaje de esa ciencia exacta para crear herramientas didácticas que se adaptaran a los procesos cognitivos de los estudiantes en lugar de a los contenidos. Para entonces había un predominio de la didáctica fundamental de la matemática, gestada dos décadas antes en Francia con los aportes de Brousseau (1998), Vergnaud (1982) y Chevallard (1986), la cual postulaba una relación indisoluble entre el fenómeno matemático, su didáctica y su teoría.

Para la escuela francesa, cada objeto matemático se sostiene en ciertas situaciones pragmáticas específicas que fundamentan dicho objeto, por lo que las estrategias didácticas implicaban inducir al estudiante al análisis de las variables y al razonamiento. Sin embargo, la didáctica fundamental alejaba hacia la marginalidad el verdadero problema epistemológico: ¿qué es un objeto matemático y cuál es su significado en las circunstancias en que un sujeto se aproxima a él? Era necesario pensar al aprendizaje como una moneda con dos caras: por un lado, lo epistémico –como dimensión institucional y sociocultural del conocimiento– y, por otro, lo propiamente cognitivo –como dimensión personal del conocimiento. Para dar respuesta a esta cuestión no bastaba la pura matemática, había que echar mano de todas las disciplinas cognitivas, especialmente de la antropología, la sociología, la psicología y, evidentemente, la semiótica. El fin último de este “enfoque ontosemiótico” era posibilitar la investigación de las interacciones didácticas que permitiesen perfeccionar el proceso de aprendizaje, la cuestión instruccional y comunicativa, evitando que ese proceso quedara estancado en el constructivismo y los positivismos excesivos.

No cabe acá profundizar en las cuestiones teóricas y alcances prácticos propios del enfoque matemático que son ajenas al abordaje semiótico del cuerpo. Pese a ello, es importante rescatar lo siguiente: para cumplir con su propósito, el enfoque ontosemiótico necesitó elaborar modelos ontológicos y semióticos específicos que permitieran entender (y describir con éxito) los procesos de comunicación matemática, especialmente en lo que refiere a la interpretación de símbolos. Así se podría explicar coherentemente la articulación entre las prácticas operativas y las prácticas discursivas, entendiendo que la praxis matemática es, primordialmente, una actuación que no se limita al plano personal, sino también institucional, intersubjetivo.

Si existe un reconocimiento explícito de una práctica social que involucra reglas y modos de acción y funcionamiento –que Godino llama “comunidades de prácticas” (2017: 129)– se asume cierta relatividad socioepistémica en esas prácticas, determinadas por factores culturales (¡inclusive ecológicos!). Estos factores condicionan el acercamiento al objeto matemático, que debe considerarse como una entidad en una función semiótica con otras entidades con las que mantiene relación constante en sistemas de correspondencias diversas (de dependencia, de causa, de efecto, de equivalencia, etc.). En la terminolo-

gía de Hjelmslev (1971) son *funtivos* en tanto tienen una expresión y un contenido que un sujeto interpreta y, posteriormente, transmite en sus prácticas operativas, discursivas y también afectivas.

Un segundo intento de entender la ontosemiótica como método proviene del amplio trabajo de Luis Hernández Carmona, profesor titular y coordinador del Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias de la Universidad de Los Andes en Trujillo, Venezuela. Hernández se apropia del término y le da un nuevo sentido bajo un contexto propiamente semiótico para analizar la operatividad de la producción de sentido como una analítica de la narración en tanto proceso de semiosis enunciativa. Es decir, a partir de la práctica enunciativa del sujeto que construye el enunciado en función a su relación con el entorno que constituye una práctica signifiante. La “ontosemiótica discursiva” (diferenciándola de la propuesta de Godino) teorizaría una suerte de intermediación entre un análisis que entenderíamos como exclusivamente lingüístico (morfosintáctico y gramatical, en el proyecto de Saussure) y otro más bien contextual, vinculado a las referencias culturales en las que un discurso se halla inserto.

Del mismo modo que el enfoque ontosemiótico de las matemáticas, la *ontosemiótica* discursiva, deduce una tensión entre aquello que el sujeto enuncia y su legitimación social, entre texto y contexto, entre volición y producción de sentido, y con razones similares a aquel primer acercamiento dado en la didáctica de las matemáticas: busca salir del enclaustramiento provocado por las mal llamadas “semióticas del texto” que daban preeminencia a la significación más allá de los enunciantes y al contexto real de la enunciación. Esos prevalecieron en los estudios del discurso que incidían en que toda interpretación del mundo debe ser, sin exclusión, representada lingüísticamente, pretendiendo construir una semiótica general como “teoría de los signos”. La ontosemiótica discursiva, en cambio, rescata los aportes de la semiótica de la cultura de Lotman y de la sociosemiótica, los que anteponen la dinamicidad del texto y sus posibles interpretaciones; así como la hermenéutica de Paul Ricœur que apunta un salto de la filología a la ontología, afirmando que el objetivo de la comprensión no es el texto, sino la intención del autor (el pensamiento que se vuelve acción en el discurso).

Al respecto Hernández (2017) dice lo siguiente:

[a] centrarnos en el yo de la enunciación se nos abre un camino paralelo a la hermenéutica para abordar la red intersubjetiva de la nostalgia dentro de los discursos estéticos. De allí que se plantee como enfoque metodológico la ontosemiótica, perspectiva que ante lo críptico-lexicográfico, o lo meramente cultural, enfoca al enunciante desde los planos subjetivos, en los cuales lo patémico se constituye en espacio y tiempo de la enunciación, involucrando al ser deseante que estructura sus textos en función de la realidad percibida o subjetivada. Esta última, transfigu-

rada en el texto, encuentra resonancia en un lector que pone en funcionamiento sus mecanismos subjetivos para interpretar lo dicho; allí se hace una incorporación de la circulación intersubjetiva de los discursos, el enriquecimiento de la significación a través del intercambio simbólico en el que la nostalgia juega un papel fundamental dentro de la construcción de esa red intersubjetiva. (Ibíd.: 13)

Como podemos apreciar, el autor pone marcado énfasis en el proceso de la semiosis como experiencia sensible, a través de la cual el sujeto reporta significados del mundo en el que está inserto y que se redefine constante e ilimitadamente en tanto la realidad permite al *Yo* estructurar discursos sobre ella, dando un lugar preferente a la manifestación de la subjetividad y su *vivencia existencial* –en el sentido de Lúkacs (1986), la conceptualización de lo vivido–, en primer lugar, y a la comunicación de dicha vivencia en la relación intersubjetiva, en segundo lugar. La metodología ontosemiótica consiste, entonces, en lograr establecer cómo esta aprehensión percibida de la realidad resulta en una multiplicidad de variables de sentido, en cómo el sentimiento es semiotizado y reconocido, en última instancia, por el otro en el diálogo, determinado en la tríada enunciante-texto-lector.

El paso a una *ontosemiótica* del cuerpo

Es indiscutible que el camino abierto por la semiótica para la comprensión del cuerpo está en constante búsqueda de nuevos paradigmas de significación, enfatizando la interdisciplinariedad y vinculándose con mayor fuerza con la antropología, la etnología y la arqueología, así como con las ciencias cognitivas, en respuesta a un debate epistemológico que continuamente se renueva. De cierta manera, las semióticas del cuerpo han puesto atención particular a la dimensión sensible del cuerpo en la semiosis, un cuerpo que es atingido por las pasiones. Abordar el cuerpo desde las pasiones y desde la tensividad en los términos propuestos por Fontanille y Zilberberg, abre además una discusión sobre la ética en la dialogicidad (*tú/yo, sí mismo/otro*), como un revisionismo de la constitución del sujeto. Si hablamos de la conciencia del cuerpo, nos referimos a un cuerpo que no es solo un “cuerpo” a secas, sino un cuerpo *en sí y para sí*, y por tanto, inevitablemente, nos referimos a una mediación del cuerpo (que percibe) el mundo que se le presenta (mundo vivido). Finol define esta percepción como dual: es a la vez óptica y háptica. El mundo es sentido y al mismo tiempo transforma al cuerpo que lo siente, actualizando su sentido (de la realidad).

Una *ontosemiótica* del cuerpo supondría entonces dos presupuestos:

- a) El lenguaje no representa el mundo solamente, sino que cambia nuestro modo de percibir el mundo.

- b) La representación modifica al sujeto que percibe y esta modificación es vivida por la posibilidad de un cuerpo.

El camino ontosemiótico como posibilidad metodológica, sostenido en la ontología, responde a la necesidad imperante de salir de la obsesión que tienen las ciencias sociales con el signo y la práctica discursiva que, a fin de cuentas, tiende a salir de la semiótica e ideologizarse. Los mismos estudios ontológicos que están vigentes en la actual teoría antropológica, como principio descolonizador, se han concentrado demasiado en “demostrar el ser a partir del hacer”, como si la producción simbólica pudiera establecer un anclaje estable para la comprensión del ser en su complejidad. Estos abordajes olvidan a menudo que toda acción se convierte en narración figurativa y que la figuración está siempre atendida a la temporalidad y a la mutación que ella conlleva.

De este punto de vista, hoy por hoy ya no son útiles ciertos modelos de análisis ontológicos que se referencian en un signo “estático” (en una comprensión puntual tempo-espacial del signo). El camino ontosemiótico, al cual se ha llegado luego de una larga serie de problematizaciones epistémicas que surgen, principalmente, del problema de la corporalidad, debe desarrollarse para restablecer una mirada al signo formulando una semiótica siempre vinculante.

Bibliografía

Barthes, Roland (1993). *La aventura semiológica*. Traducción de Ramón Alcalde. Buenos Aires: Paidós.

_____ (2006). *El sistema de la moda y otros escritos*. Traducción de Carlos Roche. Buenos Aires: Paidós.

Brousseau, Guy (1998). *Théorie des situations didactiques*. Grenoble: La Pensée Sauvage

Chevallard, Yves (1985). *La Transposition didactique: du savoir savant au savoir enseigné*. Grenoble: La Pensée Sauvage

Eco, Umberto (2000). *Tratado de Semiótica General*. Traducción de Carlos Manzano. Barcelona: Lumen.

Finol, Enrique (2015). *La corposfera. Antropo-semiótica de las cartografías del cuerpo*. Quito: CIESPAL.

Fontanille, Jacques (2013). *Soma y sema; figuras semióticas del cuerpo*. Traducción de Desiderio Blanco. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.

Fontanille, Jacques y Zilberberg, Claude (2016). *Tensión y significación*. Traducción de Desiderio Blanco. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.

Greimas, Algirdas y Courtés, Joseph (1982). *Semiótica; Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Traducción de Enrique Ballón. Madrid: Gredos.

Greimas, Algirdas y Fontanille, Jacques (2002). *Semiótica de las pasiones; de los estados de cosas a los estados de ánimo*. Traducción de Gabriel Hernández. México D.F.: Siglo XXI.

Godino, Juan; Batanero Carmen y Font, Vicenç (2007). “Un enfoque Onto-semiótico del conocimiento y la instrucción matemática”. *The International Journal on Mathematics Education*. núm. 39, 127-135.

Hernández, Luis (2017). “El ensayo lírico como experiencia estética-hermenéutica”. *Revista Letras*. núm. 61 (enero-julio), 13-37.

Hjelmslev, Louis (1971). *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Traducción de Luis Díaz de Liaño. Madrid: Gredos.

Husserl, Edmund (1997). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica; Libro II: Investigaciones fenomenológicas sobre la constitución*. Traducción de Antonio Ziriún. México D.F.: UNAM.

Kristeva, Julia (1978). *Semiótica 1*. Traducción de José Martín Arancibia. Madrid: Fundamentos.

Lotman, Iuri (2019). *Semiosfera*. Traducción de Desiderio Blanco. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.

Lukács, György (1986). *Pensée vécue. Mémoires parlées*. París : L'Arche.

Mercado, Martín (2014). *Fenomenología del cuerpo. Ensayo fenomenológico sobre el propio cuerpo*. Madrid: Editorial Académica Española.

_____ (2020). “Fenomenología, Embodiment y Psicología. Un diálogo actual entre filosofía y psicología”. *Cultura de Paz*, núm. 2 (julio), 43-63.

Merlau-Ponty, Maurice (1994). *Fenomenología de la percepción*. Traducción de Jem Cabanes. Barcelona: Planeta.

Peirce, Charles S. (1971). *Mi alegato en favor del pragmatismo*. Traducción de Juan Martín Ruiz-Werner. Buenos Aires: Aguilar.

_____ 1974 *La ciencia de la semiótica*. Traducción y edición de Armando Sercovich. Madrid: Nueva Visión.

Saussure, Ferdinand de (1945). *Curso de Lingüística General*. Traducción de Amado Alonso. Buenos Aires: Losada.

Valéry, Paul (1970). *Eupalinos; L'âme et la danse; Dialogue de l'arbre*. Paris: Gallimard.

Varela, Francisco; Thompson, Elena y Rosch, Eleanor (1991). *The Embodied Mind. Cognitive Science and Human Experience*. Massachusetts: MIT Press.

Vergnaud, Gérard (1982). *L'enfant, la mathématique et la réalité: problèmes de l'enseignement des mathématiques à l'école élémentaire*. Berna: P. Lang.

Violi, Patrizia (1997). *Significato ed esperienza*. Milán: Bompiani.